

Veinticinco años de imperialismo

DAVID BARKIN

Las economías capitalistas están en crisis. Esta crisis del imperialismo se ha venido desarrollando durante decenios. Es el resultado natural de las fuerzas de expansión económica que impulsan a las economías capitalistas. Dichas economías han estado sometidas a presiones peculiares durante los últimos 25 años, generadas por la resistencia popular contra el deterioro de los niveles de vida y la falta de dominio de la gente sobre su propia vida. El movimiento de liberación nacional ha coincidido con el intento de la expansión capitalista de consolidar su dominio en todo el mundo mediante la distorsión de las estructuras económicas, el control de los recursos naturales y el sometimiento del pueblo a las necesidades del capital, sobre todo del norteamericano. A fin de acelerar este proceso de expansión, los responsables de la política intentan salvaguardar al capital del efecto destructivo de la inquietud social que él mismo crea; las medidas correctivas a menudo engendran por sí mismas nuevos problemas, tanto para los gobernantes cuanto para los gobernados.

Nota: Este artículo es el resultado del trabajo colectivo de miembros de la Union for Radical Political Economics (URPE), llevado a cabo en Estados Unidos durante 1974-1975, como parte de un esfuerzo para explicar la crisis al público en general. En el libro *Radical Perspectives on the Economic Crisis of Monopoly Capitalism*, URPE, Nueva York, 1975, se reúnen varios artículos que forman parte de dicho esfuerzo.

El imperialismo es un sistema de alcance mundial. Surgió cuando las fronteras nacionales se debilitaron ante el empuje de la actividad económica y cuando se crearon grandes empresas monopolísticas que funcionan en muchos países al mismo tiempo. Los directores de las grandes empresas ya no se interesan simplemente en enviar sus productos al extranjero; en la actualidad, producen mercancías en otros países como parte de su búsqueda de más trabajadores dispuestos a aceptar salarios más bajos, de nuevas fuentes de materias primas y de otros mercados en los que los nuevos productos puedan venderse con ganancias en aumento. A fin de mantener su control, estas corporaciones transnacionales no se limitan sólo a producir mercancías, sino que también forman parte de las oligarquías financieras y comercializadoras del mundo capitalista. Estas grandes empresas se han “desarrollado en un grado tan alto que... [pueden] desempeñar un papel decisivo en la vida económica” de los países en los que operan.¹

Sin embargo, las empresas transnacionales y los estados que defienden sus intereses no realizan sus actividades sin oposición. Las corporaciones compiten entre sí por los mercados, por la fuerza de trabajo y por los recursos

¹ V.I. Lenin, *Imperialismo, fase superior del capitalismo* (part. 7).

naturales. En esta competencia algunas se debilitan en beneficio de otras, que se hacen más influyentes y poderosas. No obstante, su expansión y competencia continuas siembran las semillas de sus problemas futuros, puesto que en la medida en que los países pierden el control y la propiedad de sus propios recursos naturales e incluso de sus economías, surgen grupos que intentan recuperarlos una vez más. A menudo los capitalistas nacionales tienen que aceptar aliarse con los trabajadores industriales recién organizados que laboran para las corporaciones transnacionales y con los campesinos que sufren como resultado de la "modernización" de la agricultura de subsistencia. Asimismo, las élites gobernantes se ven con frecuencia obligadas a poner en entredicho la libertad de acción de las corporaciones e incluso las reglas de la sociedad internacional, cuando ambas se vuelven tan opresivas que amenazan la estabilidad de las economías locales o la de las mismas élites.

Como parte de su proceso de expansión, las transnacionales aceleran el proceso de integrar nuevos grupos de trabajadores a la fuerza de trabajo industrial. Las empresas intentan aumentar sus ganancias expandiendo la producción y el control de nuevos mercados; dentro de Estados Unidos, estas corporaciones movilizaron a las mujeres y a los miembros de los grupos minoritarios y atendieron sus demandas de trabajo, aunque ofreciéndoles menos seguridades laborales y salarios más bajos. En casi todo el resto del mundo estas corporaciones emplean campesinos y desocupados o presionan a los gobiernos para que subvencionen la migración de mano de obra de otras regiones y países para aumentar el número de trabajadores y mantener los salarios a niveles relativamente bajos. Empero, una vez empleados, los nuevos proletarios forman con frecuencia organizaciones para exigir mayores salarios y un control más amplio, demandas que con frecuencia se desconocen o se responden mediante la fuerza policial. El conflicto continúa, aunque toma formas muy diferentes; de hecho presenta constantes desafíos a la expansión ininterrumpida de las transnacionales.

En este trabajo se examina la expansión del imperialismo norteamericano durante los últimos 25 años. Se centra en examinar la dinámica de un sistema que ha creado la promesa de la abundancia material, al mismo tiempo que arrasa muchas partes del mundo. El análisis ilustra los problemas creados por la expansión imperialista y las soluciones que se han intentado, las cuales conducen a problemas aún más difíciles. Como parte de este proceso, el imperialismo norteamericano inventó la guerra de Corea y comprometió al pueblo en la terrible contienda de Viet Nam en la cual fue derrotado el ejército de Estados Unidos y se pusieron a prueba las bases de todo el sistema. El imperialismo nunca se recuperará totalmente de esta derrota y del vigor que la lucha vietnamita ha dado a los combates que libran los pueblos en otras partes del mundo, pero las corporaciones y el Gobierno de Estados Unidos intentan de nuevo reafirmar su control sobre la economía interna, al tiempo que se esfuerzan por recuperar y consolidar su influencia en otras partes del planeta.

En este trabajo planteo que la presente crisis norteamericana es el resultado de fuerzas que han ido surgiendo durante muchos años y que no se logrará la recuperación sin cambios sociales fundamentales. La lucha en la arena inter-

nacional obliga a una realineación de todo el equilibrio del poder. Las soluciones fáciles (y con frecuencia crueles) a los problemas económicos de Estados Unidos en el pasado impusieron pesadas obligaciones al pueblo de ese país y al resto del mundo. Las demandas de los trabajadores de diferentes sectores de Estados Unidos se unen a las de los otros pueblos para imponer mayores obstáculos al capital en sus esfuerzos por exigir una parte desproporcionadamente grande de la producción mundial.

LA CORPORACION EN SU ERA DORADA

Desde 1940 hasta mediados de los años sesenta, las corporaciones en Estados Unidos disfrutaron de un período de prosperidad sin precedente. Aumentó el ingreso personal de amplios segmentos de la población y el empleo creció. El optimismo generado por más de dos decenios de "expansionismo" y de crecimiento y represión imperialistas condujo incluso a los más reaccionarios a alabar una política económica liberal ("keynesianismo"), en la cual se asignaba al Gobierno una importante función en estabilizar la economía y en garantizar la redituabilidad de la inversión privada en el país y en el extranjero.

Con la segunda guerra mundial (que en parte fue un conflicto entre las potencias imperialistas por la hegemonía mundial) se inició este período. La guerra hizo salir a las deprimidas economías capitalistas de "la gran depresión" y dio un impulso sin precedente a la economía norteamericana. A diferencia de los demás combatientes, Estados Unidos resultó casi ileso. Su economía era más fuerte que nunca y su posición política le permitió dictar las reglas de las relaciones internacionales en los años de posguerra. Esas reglas se manifestaron, entre otros casos, en el Acuerdo de Bretton Woods, por medio del cual se crearon el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional; en el Plan Marshall para la reconstrucción económica europea, la integración y la inversión privada norteamericana ilimitada, y en la doctrina Truman para contener las tendencias supuestamente expansionistas del comunismo soviético respecto a los territorios concedidos según los tratados de paz de 1945. El "gran proyecto" norteamericano consistía en un intento de crear un ambiente propicio para la inversión privada en el extranjero, el libre comercio y la integración económica, procesos que los líderes estadounidenses pensaban podrían dominar a causa del potencial económico ilimitado de Estados Unidos. El nuevo sistema internacional dio preeminencia al dólar y proporcionó una justificación para un sistema financiero que capacitaba a los estadounidenses a comprar más artículos en el extranjero o a obtener un control de los recursos foráneos superior al de los extranjeros sobre los recursos de Estados Unidos. Los inversionistas norteamericanos reconstruirían Europa y conducirían la lucha en contra de la influencia y el poder soviéticos.²

La reconstrucción y el rearmamentismo en el período inmediato a la posguerra no eran tanto respuestas directas a la improbable invasión soviética de Europa y a las necesidades básicas de consumo para los pueblos de ese continente.

² Para mayor información sobre esta época, véase una fuente excelente: Joyce y Gabriel Kolko, *The Limits of Power*, Harper and Row, Nueva York, 1972.

sino un medio de asegurar la hegemonía del control político de Estados Unidos en la región y la expansión de la producción de las gigantescas corporaciones norteamericanas. Se reconstruyeron las industrias europeas básicas, con frecuencia con participación norteamericana, aunque la oferta local se sacrificó a menudo a los intereses globales del capital estadounidense; el ejemplo más notable de esto fue el surgimiento de una extrema dependencia respecto al petróleo como fuente de energía, pese a las abundantes reservas locales de carbón.³ Los estrategas militares, incluso los norteamericanos, nunca consideraron seriamente la posibilidad de una invasión de Europa por parte de los soviéticos. Sin embargo, los políticos y los industriales manipularon la opinión para avivar las llamas de la "guerra fría" e intimidar a los parlamentos y a los congresos renuentes, a fin de que otorgaran los fondos necesarios para la constante producción del redituable equipo bélico, que sólo se podría utilizar para reprimir a los mismos obreros que lo fabricaban cuando exigieran aumento de salarios y mejores condiciones de vida.

Empero, el producto más fantástico de ese período fue la transformación de la lucha interna de clases en Corea en una guerra internacional para servir a los intereses de la pequeña élite dirigente de Estados Unidos. Hace 25 años, un prolongado aunque pequeño conflicto en la península de Corea se transformó en forma sistemática y deliberada en una guerra internacional. Esto formaba parte de un programa más amplio para imponer el liderazgo de Estados Unidos sobre los países capitalistas europeos y para reforzar la posición de Chiang Kai-Shek, a la sazón recientemente derrotado en sus intentos de dominar la China continental, quien se había retirado a Formosa, continuando como dictador con el apoyo de Estados Unidos. La manipulación de la opinión pública mundial y de las Naciones Unidas es, en este caso, un excelente testimonio de los sacrificios humanos y materiales que los dirigentes de Estados Unidos estaban dispuestos a imponer para proseguir la búsqueda de sus propios fines venales.⁴

Con el transcurso del tiempo, los europeos pudieron reconstruir sus economías con la activa participación del capital estadounidense. Entre tanto, Estados Unidos dejó en claro que haría todo lo posible por que ningún país saliera de su esfera de influencia. En este sentido, la amenaza mayor no provenía del expansionismo soviético, sino más bien de la revolución social del Tercer Mundo; a menudo los insurgentes mostraron gran determinación y emplearon mucha habilidad en sus movimientos, pero Estados Unidos respondió brutalmente y con lo que parecían recursos ilimitados. Sin embargo, en ocasiones esto no fue suficiente. En Corea, por ejemplo, ni siquiera la destrucción devastadora del sistema de diques, que era la fuente principal de apoyo para el cultivo del arroz, pudo obtener la rendición del pueblo de Corea del Norte; lo más que Estados Unidos pudo arrancarle en esa época fue el reestablecimiento de la situación anterior: una línea de cese de fuego a lo largo del paralelo 38. En Indochina, los franceses resistían el dominio de Estados Unidos sobre sus fuerzas expedicionarias, incluso mientras se

veían obligados a aceptar ayuda material y la creciente influencia norteamericana en esa región. Los esfuerzos franceses por impulsar a sus títeres vietnamitas quedaron destruidos en Dien Bien Phu y los galos se vieron obligados a aceptar un tratado de paz que sólo se haría realidad cerca de 21 años después.

No obstante, las respuestas norteamericanas fueron más eficaces en el resto del mundo y demostraron a los pueblos sometidos la necesidad de organizarse mejor y disponer de mayores recursos, a fin de enfrentarse con mejor éxito al sistema en expansión del imperialismo norteamericano. Siempre que se ponía en peligro su hegemonía, el Gobierno de Estados Unidos se mostraba inclemente en sus respuestas, ya fuese conjuntamente con otras potencias imperiales, como en Corea e Indochina, ya fuese por su propia iniciativa, como en las operaciones dirigidas por la CIA para derribar a los regímenes nacionalistas de Irán, en 1953, y de Guatemala, en 1954, así como en el desembarco de los "marines" en Líbano, en 1958. También se emplearon medios indirectos para asegurar que otros países continuaran proveyendo un favorable clima económico para el capital foráneo, a pesar de la creciente inquietud interna y de las exigencias de mejores condiciones para los trabajadores. El Fondo Monetario Internacional envió repetidas veces misiones a los países en desarrollo, a fin de exigir políticas económicas restrictivas y devaluaciones que sistemáticamente redujeron los salarios reales, como medios de "estabilizar" la economía y de disciplinar a los trabajadores que fuesen rebeldes en potencia.

Los errores resultaron costosos. Al parecer, Estados Unidos interpretó mal el carácter de la Revolución cubana encabezada por Fidel Castro. Sus rudos intentos de ponerla de rodillas sólo proporcionaron las oportunidades para que los dirigentes antillanos radicalizaran sus políticas. En vez de rebelarse, el pueblo cubano rechazó la invasión de Playa Girón, de 1961, financiada por Estados Unidos, y continuó en oposición al imperialismo norteamericano ofreciendo la posibilidad de un modelo de construcción socialista. En la actualidad, los cubanos no sólo representan un ejemplo concreto de la posibilidad de otro modelo de desarrollo, sino que también encabezan los esfuerzos por forjar nuevas instituciones que garanticen mayor autonomía para los países del Tercer Mundo y especialmente para los de América Latina.⁵

Mientras estos acontecimientos ocurrían en el exterior, la economía norteamericana estaba creciendo. En tanto que los responsables de la política hacían ajustes a la economía interna para reducir (pero no eliminar!) las fluctuaciones, la actividad económica continuaba un curso ascendente que creaba sus propias contradicciones. Dichas fluctuaciones han sido siempre parte del capitalismo. En la medida en que la inversión se elevó, las exigencias de los trabajadores de salarios más altos y la competencia entre las corporaciones tuvieron efectos adversos en las tasas de ganancia. Debido a las tasas descendentes de ganancia algunos capitalistas quebraron, en tanto que otros consolidaron sus operaciones; las recesiones resultantes facilitaron el control de los costos

³ Cf. Michael Tanzer, *Energéticos y política mundial*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1975.

⁴ Sobre la historia de la guerra de Corea, véase Kolko, *op. cit.* (parte III).

⁵ Para una visión reciente de la situación cubana, véase el número especial "Cuba's contribution to revolutionary theory and practice", en *Latin American Perspectives*, Riverside, California, vol. 2:3, 1975.

debido a que obligaron a los trabajadores a disminuir sus exigencias salariales mientras que la competencia y el fuerte control del crédito eliminaron a las empresas "ineficientes". Con todo ello se establecieron las condiciones para un nuevo período de avance. Las fluctuaciones "autocorrectoras" de la actividad económica eran, al parecer, un rasgo permanente del capitalismo, aunque sus destructivos efectos en términos humanos (desempleo y mayor pobreza) suscitasen públicos lamentos.

Durante los años cincuenta y principios de los sesenta, el Gobierno experimentó algunas maneras de reducir estos ciclos mediante acciones deliberadas, con creciente éxito. La fase descendente del ciclo 1958-1961 fue relativamente menor y constituyó la antesala de un decenio de crecimiento ininterrumpido del producto. La clase capitalista se mostró complacida con esta evolución: en Estados Unidos las ganancias estaban en aumento y continuaron así hasta cerca de 1965 (véase la gráfica). Sin embargo, las utilidades eran todavía mayores en otros países en los que sin problemas se disponía de recursos y de fuerza de trabajo y en los que las políticas gubernamentales se moldeaban con mayor facilidad a las necesidades específicas de una corporación particular. Como resultado de esto, la inversión privada estadounidense aumentó en Europa y más tarde en el Tercer Mundo; no creció con tanta rapidez ni llegó a representar una parte tan grande de la inversión como habría sido el caso en los años veinte en Estados Unidos, o antes en el Reino Unido, pero de cualquier forma fue todavía considerable. Se tomaron medidas gubernamentales adicionales para lograr que las condiciones en el exterior fuesen más convenientes para la inversión privada foránea de las empresas norteamericanas: las monedas europeas se hicieron libremente convertibles a dólares en 1958; en otras partes se dieron garantías contra la expropiación y la doble imposición, al tiempo que las exenciones fiscales se convirtieron en una práctica extendida. Como resultado, la inversión foránea directa estadounidense aumentó de 22 000 millones de dólares en 1950 a 32 000 millones en 1960 y, lo que es muy revelador, a más de 78 000 millones en 1970; en 1973 llegó a 107 000 millones de dólares. Durante toda esta época, los ingresos en Estados Unidos por concepto de inversión directa extranjera superaron con mucho las erogaciones correspondientes. En un cuarto de siglo hubo una transferencia hacia ese país, por concepto de inversión privada directa en el extranjero, de 45 300 millones de dólares, con una tendencia marcadamente creciente en los últimos años (véase el cuadro 1).⁶

Los norteamericanos aprovecharon los crecientes mercados de consumo y las economías en rápido desarrollo para instalar modernas plantas de manufactura e industrias pesadas en Europa. Las inversiones de Estados Unidos crearon el espectro del control y la propiedad extranjera, lo que provocó una creciente reacción nacional y regional. Los países europeos respondieron durante los años sesenta, a menudo con ineficacia, a la inundación virtual de capital norteamericano en el continente, mediante programas de integración regional y mayor ayuda gubernamental para las

corporaciones nacionales que estaban en dificultades y eran probables candidatos para los inversionistas extranjeros.⁷

CUADRO 1

*Inversión norteamericana en el exterior
(privada y directa), 1950-1974
(Miles de millones de dólares)*

Año	Valor en libros al fin de año	Inversión anual (salida) ^a	Ingreso de la inversión entradas
1950	22,0	0,6	1,5
1960	31,9	1,7	2,4
1965	49,5	3,5	4,0
1966	51,8	3,1	3,7
1967	59,5	3,1	4,1
1968	65,0	3,2	4,5
1969	71,0	3,3	5,1
1970	78,2	4,4	5,3
1971	86,2	4,9	6,4
1972	91,3	3,5	6,9
1973	107,3	4,9	9,4
1974	n.d.	4,5 ^b	18,0 ^b

^a Estimación.

n.d., no disponible.

Fuentes: Valor en libros: *1975 Economic Report of the President*, p. 357. Entradas y salidas: *1975 International Economic Report of the President*, p. 148.

En los países más pobres, los inversionistas norteamericanos se concentraron en la localización de reservas de recursos naturales que podrían ser útiles e incluso esenciales para continuar la producción en Estados Unidos. Las corporaciones pagaban salarios bajos y enviaban la mayor parte de sus recursos y utilidades a otros lugares. A menudo se les daba acceso preferente a los ahorros de las burguesías locales para financiar sus inversiones, lo que hacía que estas oportunidades fuesen todavía más redituables.⁸ Las condiciones de vida de la mayor parte de la gente en los países "subdesarrollados" permaneció estancada, o se deterioró, mientras que el estancamiento económico y los desequilibrios sociales amenazaban la estabilidad política. Los funcionarios de las empresas y del Gobierno de Estados Unidos ofrecieron "ayuda para el desarrollo" que se suponía resolvería la crisis inminente. Los medios y los propósitos de estos programas (Punto Cuatro, International Corporation Administration [ICA], Agency for International Development [AID], Alianza para el Progreso) eran enteramente explícitos y ponían el acento en la necesidad de aumentar la corriente de capital privado proveniente de Estados Unidos, mediante el expe-

⁷ Se encuentra un reflejo de este fenómeno en los libros de Jean-Jacques Servan-Schreiber, *El desafío americano*, Plaza, Barcelona, 1970, y Claude Julien, *El Imperio norteamericano*, Grijalbo, México, 1970.

⁸ En México, por ejemplo, las dos terceras partes de la inversión extranjera durante el período 1965-1970 se financiaron con recursos mexicanos, véase B. Sepúlveda y A. Chumacero, *La inversión extranjera en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, cuadro 25.

⁶ *1975 Economic Report of the President*, Government Printing Office (GPO), Washington, 1975, cuadro C-94, p. 357 y *1975 International Economic Report of the President* (GPO, 1975), Washington, p. 148.

diente de construir primero en el Tercer Mundo la infraestructura que fuese capaz de atraer inversiones privadas norteamericanas en proporciones mucho mayores. En esas garantías contra el nacionalismo y el radicalismo se esperaba que esos programas propiciarían la inversión extranjera, la cual reduciría la necesidad de otorgar préstamos oficiales y donativos a los países europeos a fin de mantener un mercado de exportación amplio y creciente. Estos programas de ayuda fueron parte consciente de un programa global para promover la prosperidad norteamericana.

Estados Unidos se convirtió en la potencia hegemónica en América Latina; en todo el Tercer Mundo las políticas de ese país crearon la demanda de maquinaria y de otros productos manufacturados que satisfacían los capitalistas norteamericanos. Estos, por sí mismos, o asociados con las élites locales, arrancaron gradualmente a los empresarios lugareños el control de los recursos y de grandes números de trabajadores. También financiaron los regímenes represivos que garantizaban la "estabilidad" y las altas ganancias, al mismo tiempo que intentaban destruir los movimientos insurgentes. Los frutos de esta actividad norteamericana (minerales, otras materias primas y utilidades repatriadas) continuaron como una fuente importante de crecimiento de la economía de Estados Unidos y como una fuente de financiamiento de sus esfuerzos para seguir dominando el sistema capitalista mundial.

La expansión económica y la prosperidad se transmitieron a los inversionistas en todo el mundo capitalista. La reconstrucción y el desarrollo fueron los lemas de un mundo en el cual el capital disfrutaba de importantes y continuos aumentos de ganancias. Los mercados crecientes y la libre disponibilidad de materias primas baratas se tradujeron en grandes aumentos de los beneficios. El Gobierno de Estados Unidos estimuló ese fenómeno mediante una disminución persistente de los gravámenes a las corporaciones y por medio de incentivos a la inversión, tanto en el ámbito interno cuanto en el internacional.⁹ Si en alguna parte de la tierra se consideraba que las condiciones políticas no eran óptimas, la acción gubernamental "salvaba al mundo para la democracia". En estas condiciones, las empresas norteamericanas prosperaban.

Muchos trabajadores padecen en la edad dorada

Ni siquiera en Estados Unidos era la prosperidad un fenómeno general. A pesar de la explotación a la que estaban sometidos en sus empleos, los trabajadores blancos pudieron ganar aumentos sin precedente en sus niveles de vida: los capitalistas estaban dispuestos a soportar los costos adicionales siempre que con ello aseguraran mayor productividad y más amplia paz laboral. Sin embargo, al mismo tiempo otros grupos seguían en desventaja: los negros, los latinos y los indios norteamericanos, todos los cuales tenían dificultades para conseguir trabajos que prometieran mejorías en las condiciones de salarios y de seguridad. Los servicios sociales en estas comunidades continuaron siendo inferiores de manera sistemática, a pesar de los años de militante actividad en

lavor de los derechos civiles, que fueron producto de la conciencia respecto a las desigualdades crecientes. La guerra de Viet Nam provocó prosperidad y optimismo en buena parte del país, pero entre los millones de personas que vivían en barrios bajos y en comunidades marginales produjo una aguda reacción en contra. Watts, una sección de Los Angeles, fue incendiada en 1964 y en años posteriores se prendió luego a muchos otros *ghettos* en Detroit, Chicago, Nueva York, Washington y otras partes, a medida que el pueblo reaccionaba contra las condiciones de opresión y de pobreza prevalecientes. La "guerra contra la pobreza" del presidente Johnson fue la respuesta liberal del Gobierno contra la insatisfacción tan extendida. Esta "guerra" produjo grandes aumentos en los gastos públicos destinados a programas internos cuyo supuesto objeto era mejorar las zonas deprimidas y canalizar fondos, así como trabajadores sociales, a las comunidades más pobres de la nación. Se construyeron caminos y se dieron subsidios a nuevas industrias, pero esto no resolvió el problema de la pobreza para los trabajadores mal pagados y desempleados. Los programas del Servicio Social se extendieron a una cuarta o una tercera parte de la población estadounidense, considerada oficialmente como pobre. La nación descubrió que millones de habitantes estaban muriendo de hambre y no sabían leer ni escribir. De hecho, todos los estudios oficiales apuntaron a la existencia de niveles de vida en deterioro para gran número de personas y a una clara descendente de alfabetismo funcional en proporciones significativas de la población.¹⁰

Más que a resolver algunas de las causas subyacentes de la pobreza, la guerra contra ésta se concibió para "desactivar" las protestas de los pobres. Al tiempo que se llevaba a la práctica ese intento de enfriar las protestas, aumentaron los ingresos de los muchos burócratas que fueron contratados para manejar los nuevos programas, junto con las utilidades de las empresas que los aprovisionaban de bienes y servicios. Los pobres se sintieron frustrados a menudo por los mecanismos de control, y surgieron organizaciones de origen popular como resultado de las luchas, incluso por ventajas de tan poca monta como éstas. Dichas organizaciones respondían a exigencias locales específicas y estaban encabezadas por líderes de la localidad; continúan ampliando sus bases para mantener una lucha a largo plazo en Estados Unidos.¹¹

En tanto que en el interior de Estados Unidos se movilizaban los grupos marginales para exigir más ayuda pública, las fuerzas armadas norteamericanas aumentaban su acción militar "limitada" para dominar la lucha de liberación nacional en Indochina. Las cada vez más exitosas acciones guerrilleras obligaron con rapidez a Estados Unidos a embarcarse en una guerra de gran escala. Las fuerzas insurgentes provenientes del norte se unieron en 1963 a los sudvietnamitas para derrocar al régimen pelele de los norteamericanos y para impedir la consolidación de gobiernos subsecuentes. La continuación de la guerra exigió enormes aumentos en los gastos del Gobierno de Estados Unidos y las decenas de miles de

¹⁰ Véase, por ejemplo, James Coleman, *et al.*, *Equality of Educational Opportunity*, Office of Education, Washington, 1966, y Robert Coles, *Children of the Crisis*, Little, Boston, 1967, 1972, 1973, 3 vols.

¹¹ F. Piven y R. Cloward, *Regulating the Poor*, Vintage, Nueva York, 1977, y Saul Alinsky, *Ruler for Radicals*, Vintage, Nueva York, 1971.

⁹ Para mayores detalles sobre el papel del financiamiento del Estado véase James O'Connor, *The Fiscal Crisis of the State*, St. Martin's Press, Nueva York, 1973.

“consejeros” estadounidenses tuvieron que reforzarse con cientos de miles de combatientes que fueron reclutados en un intento de detener la victoria inminente de las fuerzas de liberación nacional.

CUADRO 2

Estados Unidos de Norteamérica: cuenta de la Hacienda Pública. Ingreso y gasto público, 1950-1974 (Miles de millones de dólares)

Año	Ingreso	Gasto	Saldo	Saldo con presupuesto de pleno empleo ^a
1950	49.9	40.8	9.1	
1951	64.0	57.8	6.2	
1952	67.2	71.0	3.8	
1953	70.0	77.0	- 7.0	
1954	63.8	69.7	- 5.9	
1955	72.1	68.1	4.0	
1956	77.6	71.9	5.7	
1957	81.6	79.6	2.1	
1958	78.7	88.9	- 10.2	
1959	89.7	91.0	1.2	
1960	96.5	93.0	3.5	
1961	98.3	102.1	- 3.8	
1962	106.4	110.3	- 3.8	
1963	114.5	113.9	0.7	
1964	115.0	118.1	- 3.0	
1965	124.7	123.5	1.2	2.8
1966	142.5	142.8	0.2	2.5
1967	151.2	163.6	- 12.4	11.8
1968	175.0	181.5	- 6.5	7.1
1969	197.3	189.2	8.1	11.8
1970	192.0	203.9	- 11.9	7.6
1971	198.5	220.3	- 21.9	0.6
1972	227.2	244.7	- 17.5	7.4
1973	258.5	264.2	- 5.6	2.6
1974	291.1	299.1	- 8.1	n.d.

^a Este es un concepto para medir el efecto en el presupuesto federal si existieran niveles de “pleno empleo” (4% de desempleo) en la economía.

n.d., no disponible.

Nota: Cifras redondeadas.

Fuentes: 1975 *Economic Report of the President*, p. 329, y Federal Reserve Bank of St. Louis, *Federal Budget Trends*, 1974.

La guerra de Vietnam constituyó un punto de flexión en la historia de Estados Unidos. El pueblo vietnamita estaba derrotando a la fuerza armada más poderosa del mundo. La insubordinación en las fuerzas armadas y en el país en su conjunto se convirtió en un problema nacional de importancia fundamental, en una época en la que la comprensión de los radicales respecto al funcionamiento del sistema político y económico estadounidense se hacía más afinada y establecía las bases de una oposición política real. El reciente movimiento antibélico se unió a la lucha en favor de los derechos civiles, al movimiento de liberación femenina y a las acciones de numerosos grupos de las minorías nacionales, para obligar al Gobierno a atender las demandas de mejoramiento. Como resultado de ello, muchos trabajadores disfrutaron de mejoras en sus niveles de vida, en tanto que se

hicieron promesas a los pueblos del Tercer Mundo y a los pobres. La prosecución de la guerra en Viet Nam desvió aún más los recursos de la economía de Estados Unidos de la producción de mercancías que respondían a necesidades sociales a la satisfacción de exigencias militares. Sin embargo, continuó la guerra contra la pobreza, ya que el presidente Johnson prometió que el país disfrutaría tanto de “los cañones como de la mantequilla”. Esto condujo a elevaciones astronómicas del gasto gubernamental, pero el descontento popular y la oposición a la guerra impidieron cualquier aumento compensatorio de los impuestos. El resultado fue un considerable déficit gubernamental. De los pequeños déficit presupuestarios (de 1 000 a 4 000 millones de dólares) que resultaban de “una política fiscal sensata” a comienzos de los años sesenta, se pasó a un faltante extraordinario de 12 400 millones de dólares en 1967 y a uno de casi 22 000 millones en 1971 (cuadro 2).¹² El resultado necesario de este proceso fue una inflación acelerada, que a fin de cuentas redujo los niveles de ingreso real del trabajador estadounidense hasta los prevalecientes a mediados del decenio de 1960, antes de que se hubieran conseguido grandes aumentos salariales como resultado de la lucha organizada de los trabajadores.

Otros financian la guerra

El dominio estadounidense de las instituciones clave de la economía internacional unció a los europeos y a los japoneses al esfuerzo de guerra. El conflicto exigía enormes aumentos de material bélico y cada vez hubo que destinar mayor proporción de la capacidad productiva a satisfacer las necesidades bélicas. En las nuevas condiciones, resultaba inadecuado el nivel de producción de efectos militares prevaleciente durante la guerra fría. Además, al concentrarse en las obras públicas y en la promoción industrial, la “guerra contra la pobreza” también contribuyó a inflar la demanda y a desviar recursos de la producción de bienes básicos de consumo; los ingresos personales se elevaban a tasas sin precedente mientras que el Gobierno exigía por su parte montos crecientes de recursos para satisfacer las necesidades de sus guerras, la interna y la internacional. Las fuentes naturales de aprovisionamiento para las crecientes demandas de los consumidores eran Europa y Japón.

La modernización de sus estructuras productivas trajo como consecuencia que a principios de los años sesenta las economías antes devastadas por la guerra estaban ya dotadas de industrias modernas capaces de producir mercancías relativamente baratas. Durante buena parte de los años cincuenta, las exhortaciones al patriotismo y a la armonía nacional, junto con fuertes dosis de la retórica de la “guerra fría” contra la “amenaza comunista”, resultaron eficaces para limitar las exigencias de los trabajadores y, al combinarse con el impulso inflacionario de la guerra de Corea, condujeron a declinaciones absolutas de los salarios reales a mediados de los años cincuenta. Incluso con la mayor estabilización de precios y la integración económica de la etapa posterior de ese decenio, las tasas de salarios permanecieron sustancialmente por abajo de las prevalecientes en Estados Unidos, en tanto que la productividad laboral aumentó rápidamente

¹² 1975 *Economic Report of the President*, op. cit., cuadro C-68, p. 329.

durante el período de posguerra. Fueron altas las tasas de crecimiento del producto nacional y los precios de los bienes terminados de consumo se mantuvieron bastante inferiores a los del mercado estadounidense. Aun así, los precios de los bienes de consumo que se fijaban para el mercado norteamericano resultaban muy altos para los trabajadores europeos y japoneses que producían esos artículos. Muy pocos podían adquirirlos y así los productos se exportaban a Estados Unidos. Durante varios años, los europeos y los japoneses acogieron con beneplácito la nueva ola de prosperidad resultante de la creciente producción interna y de los niveles de ocupación en ascenso provenientes de las exportaciones hacia Estados Unidos. Todo esto generó oportunidades sin precedente y lo que parecían ilimitadas oportunidades de inversión para los capitalistas locales y extranjeros.

Después de 1960, los productos europeos y japoneses se hicieron cada vez más comunes en Estados Unidos. Esos artículos eran más baratos y a principios de los sesenta se les consideraba de mucho mejor calidad que los producidos localmente. El símbolo de la invasión foránea, aunque no se limitó a esas manifestaciones, fue el rápido aumento de la participación del automóvil Volkswagen y de los productos Sony en los mercados internos de Estados Unidos. Las importaciones de productos de consumo, de bienes intermedios y de equipo de capital inundaron el mercado estadounidense. Los precios relativamente menores de Europa también indujeron a decenas de millares de turistas estadounidenses a viajar a este continente a fin de disfrutar de vacaciones baratas, que eran posibles gracias al atractivo de los vuelos especiales fletados y de los hoteles de precios módicos establecidos en todas partes. La corriente egresiva de dólares necesaria para pagar estas compras terminó en las tesorías de los gobiernos respectivos, que fueron persuadidos durante cierto tiempo por los funcionarios estadounidenses de no convertirla en oro. La producción foránea también dio mayor libertad de movimiento a la economía de Estados Unidos, que pudo dedicar una proporción menor de su capacidad productiva a satisfacer las crecientes demandas de sus consumidores y de las empresas para concentrarse en atender las exigencias del Departamento de la Defensa.

Hacia mediados de los sesenta, los trabajadores europeos y japoneses exigieron también mejores niveles de vida. Los industriales europeos utilizaban a los inmigrantes extranjeros para mantener abatidas las demandas salariales y permitir el aumento de la producción, a pesar del virtual empleo pleno de la fuerza de trabajo local. Los trabajadores demandaron una participación en la prosperidad de la que durante varios años había disfrutado el capital en Europa mediante altos impuestos sobre los bajos salarios de los trabajadores, generosas concesiones fiscales respecto a las utilidades y facilidades crediticias que estimulaban la reinversión de beneficios rápidamente crecientes. Los productores europeos intentaron defender sus tasas de ganancia por medio de elevaciones de precios que hicieron, de manera gradual, menos competitivos en los mercados mundiales a algunos de sus productos.

Asimismo, en Europa y en Japón se movilizaban con éxito las fuerzas antibélicas, a fin de presionar a Estados Unidos para poner punto final a la guerra. Dichas fuerzas señalaron atinadamente que la incipiente inflación obedecía en parte a la presión ejercida sobre la capacidad instalada y

los recursos por las demandas de productos europeos y japoneses, inducidas por la guerra. Los sentimientos nacionalistas y las presiones económicas se combinaron con una creciente conciencia del costo que la guerra entrañaba para los europeos; esto los condujo gradualmente a enfrentarse a la hegemonía estadounidense en los asuntos económicos internacionales. Washington resistió con fiereza estas presiones intentando convencer a los gobiernos europeos a reajustar sus economías conforme a las necesidades norteamericanas; además, se concibieron convenios *ad hoc*, sujetos a revisión frecuente: los convenios comerciales gubernamentales (*swap arrangements*) cedieron su lugar al papel oro (derechos especiales de giro). Sin embargo, las presiones sobre Estados Unidos continuaron, ya que no fueron cegadas las fuentes de sus problemas (la inquietud interna y su persistente agresión en el sudeste asiático).¹³

Las consecuencias de la derrota militar estadounidense en Viet Nam

A las presiones internacionales a fin de que Estados Unidos reconociera abiertamente su derrota en Viet Nam se agregaron los movimientos políticos de masas y los problemas económicos internos para imponer la necesidad de una solución esencial. El presidente Johnson no pudo movilizar más la fuerza política necesaria para oponerse a la crisis en desenvolvimiento y, de esta manera, Richard Nixon llegó a la Casa Blanca aprovechando la ola de inquietud.

La respuesta económica de la nueva administración fue directa: una inmediata reducción de los gastos públicos destinados a los programas civiles y un aumento gradual en la oferta monetaria a fin de financiar la expansión de las empresas. Frente al déficit gubernamental sin precedente de 11 800 millones de dólares en 1967, Nixon frenó la economía mediante la reducción de los programas no militares, especialmente en las áreas de salud, educación y bienestar, e indujo un superávit de 11 800 millones de dólares en 1969 (ambas magnitudes económicas medidas conforme a un concepto especial llamado presupuesto de alto empleo que se ha concebido para hacerlas más comparables que las cifras presupuestarias reales).¹⁴ Esta forma de agresión directa contra los pobres y contra los grupos minoritarios en Estados Unidos formó parte integral del programa económico de Nixon. No sólo desvió el foco de la actividad económica, de los servicios sociales hacia el apoyo más abierto de los intereses de las corporaciones, sino que también se concibió como un medio para crear mayor desocupación, a fin de atemperar algunas de las exigencias de los trabajadores en el sentido de lograr una participación mayor en las ganancias de las corporaciones. Estas, entre tanto, comenzaron a reducir sus planes de expansión, como resultado de la declinación de las utilidades.

En este punto resulta interesante hacer algunas observa-

¹³ Para una documentación histórica detallada de la relación entre Estados Unidos y Europa en esta época véase Joyce Kolko, *American and the Crisis of World Capitalism*, Beacon Press, Boston, 1974.

¹⁴ Federal Reserve Bank of St. Louis, *Federal Budget Trends*, St. Louis, 1975. Es decir, el estímulo negativo bruto en esta época era de casi 24 000 millones de dólares.

ciones acerca del papel de los gastos militares en la economía de Estados Unidos. A menudo se afirma que dichos gastos resultan esenciales para mantener la salud de la economía interna: significan una manera de estimular el crecimiento (keynesianismo militar), de subsidiar las utilidades de los contratistas militares y de los productores civiles relacionados con ellos y, por supuesto, de crear una salvaguarda contra los posibles ataques de la Unión Soviética o de China, al mismo tiempo que de proporcionar los medios de aplastar los movimientos insurgentes de signo izquierdista, así como los de reforma social, en cualquier parte que se presenten. Sin embargo, un estudio más detenido de este asunto sugiere que no todas las funciones anteriores son complementarias. Así, la necesidad de una actividad bélica mayor en Viet Nam surgió precisamente en el momento en que una reducción del gasto público acaso hubiese sido una manera más apropiada de regular la actividad económica general en Estados Unidos; la "recesión política" de 1971 amenazó la salud e incluso la existencia misma de importantes contratistas de material bélico; además, la insistencia en el reame europeo, así como en mantener la capacidad de Estados Unidos de ser el primero en atacar, ha exacerbado a menudo las tensiones sociales internas al reducir la oferta de artículos de consumo y de servicios sociales disponibles para el pueblo. Estas contradicciones se hicieron particularmente agudas en Estados Unidos al finalizar el decenio de los sesenta, debido a que los responsables de la política subestimaron en gran medida los costos de enfrentarse a la izquierda en el Tercer Mundo. A pesar de las conversaciones para limitar el armamento estratégico (SALT), continúa la carrera armamentista que, si bien significa un estímulo importante para los niveles deprimidos de la producción en 1975, seguramente alimentará adicionalmente la inflación en los años venideros.¹⁵

La intervención de Estados Unidos en la guerra de Viet Nam también generó oportunidades para el desarrollo de otras contradicciones en el mundo. Hacia finales de los años sesenta, por ejemplo, las siete principales compañías petroleras internacionales trataron de elevar el precio mundial del petróleo crudo. Los países exportadores de ese producto se beneficiaron de una exitosa estrategia corporativa para trasladar los aumentos de precios a los consumidores finales. Empero, las compañías petroleras no tuvieron aptitud para responder de inmediato a los países que avanzaron hacia la nacionalización. Asimismo, el Gobierno de Estados Unidos no pudo intervenir para proteger los intereses de las corporaciones, debido a que los ataques inesperados del movimiento de liberación nacional en Viet Nam y del descontento popular interno exigieron la plena atención del régimen y le quitaron sustento político a cualquier acción de fuerza o incluso de amenaza. En otras partes, los mecanismos tradicionales de control también estaban en jaque. Al finalizar los sesenta, se habían desvanecido ya las promesas de la Alianza para el Progreso. En muchos países en los que la ayuda externa había fallado en la resolución de los problemas sociales y económicos, se daba apoyo a regímenes represivos. Los

gobiernos progresistas electos en Brasil y en la República Dominicana fueron sustituidos por juntas militares; en esta última se emplearon "marines" de Estados Unidos para realizar el cambio de Gobierno. Por otra parte, el fracaso de la "revolución en libertad", financiada por Estados Unidos, abrió el camino en Chile para la elección democrática del Gobierno de la Unidad Popular, encabezado por el marxista Salvador Allende. El programa chileno alentó la esperanza de encontrar un camino pacífico para resolver los problemas de la miseria y la pobreza del subdesarrollo capitalista. Este programa resultaba también amenazador debido a que ponía en duda la idea del uso incontrolado de los recursos de otro país por las corporaciones. En Africa continuaron los progresos de los movimientos guerrilleros contra los regímenes coloniales y a través de todo el mundo los imperios se desmembraron a medida que se arrancaban a los renuentes líderes del mundo capitalista las demandas de independencia nacional. Sin embargo, en contra de esas tendencias Estados Unidos refinó sus técnicas para minar los movimientos insurgentes y los esfuerzos en favor de la reforma social, al mismo tiempo que intentó integrar a los nuevos países en su red de relaciones neocoloniales, en el marco del capital internacional.

La declinación de la hegemonía estadounidense

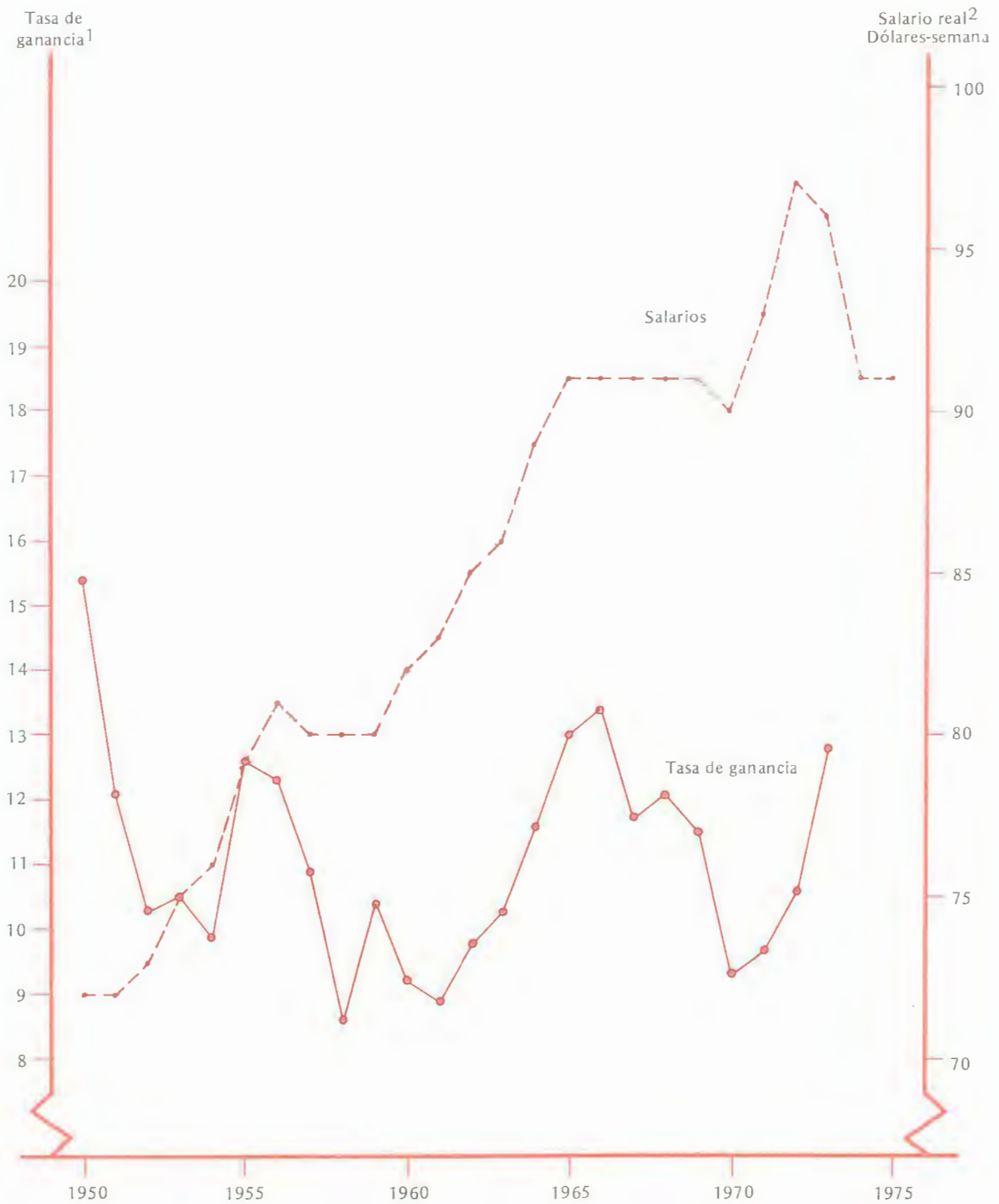
En todo el mundo aumentaron los ataques contra "el estilo norteamericano". Desde 1965 había estado declinando la tasa de ganancia en Estados Unidos y aumentando la militancia de los trabajadores. Durante el quinquenio anterior la economía había crecido con firmeza y los salarios habían aumentado a una tasa media de 3.9% anual, en tanto que la productividad se elevó a 6.5% al año. Al agudizarse la escasez de fuerza de trabajo aumentó la resistencia de los trabajadores al control de la producción por parte de las empresas; en el período 1965-1970 los salarios crecieron a un ritmo cercano al 6.5% anual, mientras que los aumentos de productividad declinaron hasta cerca de 1.6% al año en ese lapso. Con apoyo en el aumento relativo de su capacidad de negociación, los trabajadores respondieron a la expansión de las corporaciones con disminuciones de su ritmo de trabajo; la actividad huelgística aumentó más de tres veces y media durante ese decenio: el total de personas-día ociosas debido a paros laborales (como parte de la fuerza de trabajo total) aumentó de 0.11 a 0.37 por ciento. El efecto de ello en la tasa de ganancia fue dramático y predecible: las ganancias en términos absolutos disminuyeron en 4% al año, en términos reales, de 1965 a 1969, en tanto que la participación de las utilidades en el producto bruto de las corporaciones descendió de aproximadamente 17 a 10 por ciento en el mismo período (véase la gráfica adjunta).¹⁶

La guerra de Viet Nam dio nuevo impulso a la expansión creciente, la cual significó presiones adicionales sobre las utilidades debido a que obligó a las empresas a comenzar a utilizar capacidad productiva obsoleta. Los beneficios en disminución significaron que las empresas dispusieron de menos utilidades retenidas para reinvertir, en tanto que

¹⁵ Para mayores informes sobre el papel del complejo militar industrial en la economía norteamericana véase Michael Klare, *La guerra sin fin*, Noquer, Barcelona, 1974, Symour Melma, *El capitalismo del pentágono*, Siglo XXI, México, 1972, y Clarence Lo, "The conflicting functions of US military spending after world War II", en URPE, *op. cit.*

¹⁶ William Nordhaus, "The falling share of profits", en *Brookings Papers on Economic Activity*, núm. 1, 1974; US Bureau of Labor Statistics, *Handbook of Labor Statistics*, GPO, Washington, 1974, *Bulletin 1923*, Table on Work Stoppages in the US 1927-1972, 1975 *Economic Report of the President*, *op. cit.*, pp. 285-337.

SALARIOS Y GANANCIAS 1950-1975



¹ Tasa de ganancia: Tasa promedio de ganancia en la industria manufacturera como porcentaje de la inversión en acciones.

² Salario real: Ingreso promedio de una familia con un trabajador y tres dependientes después de descontar todos los impuestos y ajustado por la inflación.

Fuente: 1975 Economic Report of the President, pp. 285-337.

umentaban las demandas de mano de obra. Sin embargo, frente a la creciente demanda energética y a la militancia de los trabajadores, resultaba imperioso utilizar maquinaria ahorradora de mano de obra y disponer de más capacidad. Para superar estas dificultades, las empresas aumentaron sus empréstitos del sistema bancario; la deuda de las corporaciones, como promotor de la inversión en acciones, creció dramáticamente en Estados Unidos de 110 en 1960 (en 1940 era de 55%) hasta 180% en 1970, y los pagos de intereses representaron una cuarta parte del total de utilidades de las corporaciones en 1973. En vez de representar una fuente de utilidades adicionales, el crédito obtenido por las corporaciones significó nada menos que otro medio de drenar crecientemente las ganancias.¹⁷

El proceso normal de acumulación capitalista, alimentado por el carácter específico de la guerra de Viet Nam, creó las bases para un conflicto aún mayor entre las empresas y los trabajadores. Junto con la sobreinversión de las empresas, que condujo a una disminución de las utilidades, los trabajadores aprovecharon la oportunidad de asistír los intentos empresariales de intensificar el trabajo reduciendo la producción. La resistencia laboral se hizo aún más intensa a medida que el aumento del ritmo productivo elevó los accidentes en la industria en 27.7% de 1963 a 1970. La Comisión Nacional de Productividad se hizo eco de la alarma de las corporaciones y se quejó de que "demasiado control ha pasado de las empresas a los trabajadores". La bien conocida huelga obrera de la planta de la General Motors en Flinttown fue otro indicio de la resistencia laboral al aumento del ritmo de la producción.¹⁸

En muchas áreas se buscaron medidas contrarrestadoras oficiales para hallar soluciones de corto plazo. La recesión de 1969-1970, inducida por el Gobierno, provocó un dilema debido a la proximidad de la elección presidencial. Hubo efectos negativos tanto en las ganancias de las corporaciones cuanto en la ocupación, y Nixon tenía el temor de que eso disminuyese sus oportunidades en las urnas. En 1970 se aplicaron nuevas políticas de estímulo. Los precios comenzaron a aumentar junto con los paros laborales, mientras que alzas de salarios que llegaron al 15% contribuyeron a la dramática caída de la participación de las utilidades de las empresas hasta su nivel más bajo desde la segunda guerra mundial.¹⁹

Para corregir algunos desequilibrios estructurales se habría requerido una recesión más profunda, pero las exigencias políticas hicieron imprescindible tratar de evitarla en esa época. "Preso en esta trampa, a la administración sólo le

queda una cosa por hacer", comentó *Business Week*.²⁰ Nixon formuló su nueva política económica en calidad de compromiso. Continuarían aplicándose medidas de estímulo, pero se esperaba que una congelación de salarios y precios apagaría los fuegos que la recesión de corta vida no había podido extinguir. Los controles de salarios y precios (1971-1974) fueron un respuesta lógica a estos problemas y a las presiones de los europeos y japoneses en favor de un mayor crecimiento de la economía interna. Dichos controles elevarían las utilidades y estimularían inversiones adicionales, a la vez que harían los productos estadounidenses más competitivos en los mercados mundiales. Como parte de esta estrategia se devaluó el dólar dos veces a fin de aumentar las exportaciones y reducir las importaciones. Esto condujo a un rápido aumento de la inversión privada foránea en Estados Unidos, tendencia que ha preocupado a algunos inversionistas norteamericanos. Al mismo tiempo se controlaron los precios de algunos artículos de consumo, mientras que los aumentos salariales se mantuvieron sustancialmente por abajo de la tasa de inflación. Esto provocó muchos desequilibrios de producción. Los controles, las industrias monopolísticas y las malas cosechas mundiales de cereales provocaron escasez de alimentos y de energía, causando estragos en la economía estadounidense y en los pueblos del mundo. En Estados Unidos los trabajadores estuvieron entre los más afectados. Su poder disponible real declinó agudamente y la desocupación comenzó a aumentar. La revista *Business Week* explicó claramente esto a sus lectores (fundamentalmente) empresariales: "algunas personas obviamente tendrán que conformarse con menos... debido a que la salud básica de Estados Unidos depende de la salud básica de sus corporaciones y sus bancos."²¹

No obstante, las medidas económicas contra los trabajadores fueron insuficientes para resolver los problemas capitalistas. La guerra entrañaba un continuo drenaje de recursos y constituiría también un problema político que debía atacarse directamente. Las negociaciones políticas dieron por resultado un arreglo en los términos de los insurgentes, pero antes de firmarlo Estados Unidos llevó a cabo los bombardeos de Hanoi en la Navidad de 1972, que fueron terriblemente destructores. El acuerdo de París permitió a Estados Unidos retirar sus tropas, pero la guerra continuó con el apoyo material masivo de Washington. El Gobierno estadounidense ya no pudo lograr que dóciles gobiernos europeos estuviesen de acuerdo en absorber sus problemas; fue preciso acompañar las devaluaciones del dólar con esfuerzos adicionales para aumentar las exportaciones, y de esta suerte Estados Unidos se encontró a sí mismo en busca de nuevos mercados.

La Unión Soviética aprovechó la debilidad económica y la vulnerabilidad política de Estados Unidos para ampliar su política de distensión y para aumentar el comercio. La administración de Nixon comprendió que era indeseable continuar la guerra fría al mismo tiempo que se intentaba enfrentarse a los problemas económicos internos, a la inquietud política y a la insurrección internacional. La Unión Soviética estaba deseosa de encontrar la forma de aprovechar la capacidad productiva y el desarrollo tecnológico de Esta-

²⁰ 14 de agosto de 1971.

²¹ 12 de octubre de 1974, p. 120. A fines de 1975 el promedio del salario neto para el obrero norteamericano había bajado a los niveles de 1965, según las cifras del Departamento de Trabajo.

¹⁷ En un número especial de *Business Week* se analizó "The Debt Economy" (12 de octubre de 1974) y se dio una visión de los problemas del sistema bancario y monetario desde la perspectiva de la clase pudiente. Otra visión perspicaz se encuentra en "Banks: Skating on thin ice", en *Monthly Review*, Nueva York, febrero de 1975.

¹⁸ Sobre los accidentes, véase US Bureau of the Census, *Historical Statistics of the United States, Colonial Times to 1957*, GPO, Washington, 1960, p. 100, y *President's Report on Occupational Safety and Health*, GPO, Washington, 1972, pp. 71 y ss. También véanse los análisis de la evolución de la fuerza de trabajo en David Gordon, "Capital vs Labor: The current crisis in the sphere of production", en URPE, *op. cit.*, y Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1975.

¹⁹ Nordhaus, *op. cit.*

dos Unidos con el objeto de acelerar el ritmo de su propio desarrollo.

También en otras partes, grupos poderosos intentaban sacar ventaja de los problemas de Estados Unidos y acrecentarlos. La "crisis energética" fue el resultado de los esfuerzos de las siete grandes compañías para elevar los precios del petróleo. Los países exportadores de este hidrocarburo se beneficiaron con el apoyo que el Gobierno estadounidense dio a las empresas. Esto también tuvo el efecto de debilitar a Europa y a Japón debido a los aumentos sustanciales del precio de un producto que éstos importaban en gran medida de otros países. En el curso de ese proceso, la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) aprendió de la práctica de los monopolios corporativos. Si bien permitió que las compañías petroleras elevaran sus ganancias, los países exportadores de petróleo y de otros recursos están aprendiendo a tener el dominio de sus propias materias primas. Con ello, acaso los gobiernos de esos países tengan mayor poder político.

La respuesta estadounidense al cambiante panorama internacional de la oferta petrolera no se limitó a la elevación de los precios. A finales de los años sesenta, la OPEP pudo aumentar su presión sobre las principales compañías de energía con menores temores de una intervención por parte del Gobierno de Estados Unidos a causa de las preocupaciones generalizadas de éste y del creciente sentimiento del pueblo de ese país contra la intervención en el extranjero. Cinco años después, sin embargo, tras un prolongado período de una "inflación de dos dígitos" y crecientes tasas de desocupación, se había subyugado la protesta popular. De nuevo existe en Estados Unidos, como posibilidad política, la amenaza explícita de invasión militar en el Oriente Medio si los países de esa región continúan protegiendo sus propios recursos.²²

Una característica siempre presente del imperialismo estadounidense es la de dar respuestas de tipo militar a las presiones económicas externas e internas. El material bélico norteamericano ha resultado indispensable para continuar la guerra en Indochina, para el conflicto en Chipre y para mantener la "estabilidad" de numerosas dictaduras militares. En todo el mundo el Gobierno de Estados Unidos o agentes que cuentan con su apoyo, han suprimido sistemáticamente los movimientos democráticos y populares de liberación nacional y sus esfuerzos en favor de la autodeterminación. En Chile, por ejemplo, la creciente popularidad del Gobierno de la Unidad Popular provocó graves preocupaciones en Washington; la campaña para socavar el programa económico de Allende mediante huelgas, operaciones de mercado negro y terrorismo, culminó con una sangrienta toma del poder por los militares que entrañó la muerte de millares de personas.

La respuesta de Estados Unidos

La crisis económica actual del capitalismo monopolístico en Estados Unidos debe entenderse en el contexto mundial. Los pueblos de Indochina pueden ahora comenzar a ejercer su derecho a la autodeterminación, en tanto que el gobierno estadounidense apoya a sus regímenes títeres en otros países

con ayuda financiera masiva. La resistencia chilena aumenta su lucha contra la represión económica y en muchas otras partes prosigue la lucha por la liberación nacional. En Africa, las antiguas colonias portuguesas están en proceso de consolidar su independencia. Cuba aumenta más su poder y su influencia en la medida en que su economía crece y demuestra la capacidad del socialismo para enfrentarse a los males, de muy larga presencia, del subdesarrollo capitalista. En el interior de Estados Unidos, asimismo, la resistencia contra la represión económica y política ha expuesto muchas debilidades del sistema y ha desarrollado una conciencia popular respecto al papel del Gobierno como servidor de la clase capitalista.

En este contexto, los responsables de la política en Estados Unidos están acudiendo a medidas más energéticas para intentar un cambio de la situación. Estados Unidos ha aprovechado la extrema dependencia de Europa y de Japón respecto al petróleo importado, a fin de intentar recuperar su autoridad y dominio en la economía internacional. El "proyecto independencia" es otra respuesta estadounidense al creciente poder de la OPEP: mediante precios al alza y el aumento de la producción de otras fuentes energéticas y del petróleo proveniente de otras fuentes internas, el país puede garantizar altas utilidades a las compañías productoras de energía, reducir las importaciones, mejorar la situación de la balanza de pagos y minimizar la eficacia de los intentos foráneos de emplear el petróleo como un arma económica contra Estados Unidos.

El Gobierno también intenta restablecer la hegemonía estadounidense mediante otras medidas en aquellas áreas en las que se ha materializado la resistencia. En el frente interno, se utilizaron los impugnados aunque muy socorridos instrumentos del control monetario y fiscal para elevar la tasa de ganancia del capital privado, pero con ello se hizo más profunda la recesión que comenzó por el descenso de la inversión privada. Aunque la depresión resultante es más grave de lo esperado, los niveles récord de desempleo están abatiendo las demandas de los trabajadores. Por supuesto, los trabajadores entienden la naturaleza de este ataque contra su poder y se organizan en muy diversos niveles para defenderse, pese a que quizá carezcan de la capacidad para responder con eficacia en tanto que las tasas oficiales de desempleo están por encima de 8%; resulta claro que dichos ataques contra los trabajadores necesariamente impulsarán las demandas populares por mejores niveles de vida y por mejores condiciones laborales en los años venideros.

La respuesta del presidente Ford a la inflación y al desempleo constituyen un ataque más contra el Tercer Mundo y contra los pobres en Estados Unidos. El mandatario propuso drásticas reducciones del gasto destinado a salud, educación, bienestar y ayuda económica al extranjero, lo mismo que una reducción de impuestos de miles de millones de dólares a las corporaciones y a los sectores mediano y superior de ingresos. El Congreso aumentó en cierta medida la ayuda fiscal para los pobres, pero las reducciones en los programas de bienestar y los nuevos requisitos para acogerse a ellos amenazaron aumentar los costos de la vida de los pobres con aún mayor rapidez que los del resto de la población. La actividad económica recibirá un estímulo mediante un gran aumento en el gasto militar destinado a pagar los

²² Véase Tanzer, *op. cit.*

nuevos armamentos que se han encargado para dotar a las fuerzas armadas y para exportación. En la lista de las reducciones presupuestarias tampoco aparece la ayuda militar a los regímenes represivos. No obstante, a pesar de la amplia gama de acciones, la respuesta gubernamental sigue caracterizándose por ser fragmentaria y burocrática.

La reciente crisis presupuestaria de la ciudad de Nueva York, verbigracia, constituye un ejemplo de la naturaleza parcial del enfoque con el que la administración se enfrenta a la depresión. El origen de los problemas de la ciudad puede encontrarse en la ampliación de los servicios sociales para los pobres y para la clase trabajadora que se realizó durante los años sesenta como resultado de las protestas violentas y de la organización de masas. El Gobierno federal estaba incapacitado para enfrentarse a estos problemas y a otros tanto en el plano nacional, cuanto en el internacional. Ese Gobierno canalizó más dinero a las ciudades para financiar programas que apaciguaran a los que protestaban, por lo menos temporalmente. La expansión de los servicios educativos y de bienestar es un ejemplo principal de lo anterior, aunque el hecho de que los empleados públicos que trabajan en esos servicios tengan ahora salarios decentes es también resultado de su éxito en presentar exigencias estridentes en un momento particularmente apropiado de la lucha entre el capital y el trabajo en la ciudad de Nueva York. Impedido por las mismas razones de eleva los impuestos, el Gobierno, con la aquiescencia de los bancos, financió los déficit resultantes mediante préstamos a corto plazo. De pronto, en la década de los setenta, cuando cambiaron las condiciones de la lucha de clases, los bancos no se mostraron dispuestos a aceptar esta manera de financiar las ventajas obtenidas por los trabajadores y provocaron la crisis. El Gobierno de la ciudad se vio obligado a arrojar de nuevo sobre los trabajadores la carga de esas ventajas temporales, en la forma de aumentos de impuestos y de reducciones en esos mismos e importantes servicios. Una crisis similar está incubándose en muchas otras ciudades en las que han ocurrido acontecimientos parecidos, el precedente establecido por la solución que se dio en el caso de Nueva York augura crecientes conflictos entre el Gobierno y el pueblo en el ámbito local durante los próximos años.

Como sugieren los ejemplos anteriores, las soluciones de la crisis económica y social no pueden encontrarse mediante el simple expediente de manipular instrumentos de política interna. Como una posibilidad u opción diferente, algunos líderes de las empresas abogan en la actualidad por una planeación gubernamental general en favor de la estabilidad económica, a fin de que se compagine con los esfuerzos renovados de coordinación de políticas y de acciones en el ámbito internacional.²³ Dichas propuestas se enfrentan actualmente a considerable resistencia en el seno de la clase gobernante, pero resulta claro que ésa es la dirección en la cual al Gobierno le gustaría moverse. Quizá estos nuevos enfoques alteren el carácter de la crisis, pero la historia de los últimos 35 años demuestra que las contradicciones continuarán desarrollándose.

²³ Véase, por ejemplo, el artículo de Félix Rohatyn, miembro de la importante empresa bancaria Lazard Freres and Company, en el *New York Times*, 1 de diciembre de 1974, que aboga por la planeación gubernamental. También William Tabb, "We are all socialists now: Corporate Planning in America", en *UPPEL*, *op. cit.*

Los trabajadores norteamericanos no son los únicos que resienten los efectos de las dificultades actuales del capitalismo. Están en declinación los ingresos reales disponibles de la mayor parte de los trabajadores de Estados Unidos, incluyendo a aquellos miembros de la clase obrera de raza blanca relativamente bien pagados, al mismo tiempo que los accidentes en la industria y la aceleración del ritmo de trabajo, deteriora a los sindicatos laborales. Los consumidores también sufren los efectos de los precios monopolísticos, del control concentrado de los mercados y de la estrecha relación entre el Gobierno, los organismos regulatorios y las grandes empresas que ellos regulan. Empero, en otras partes la crisis actual ha significado hambre y desnutrición, debido a que los precios de los alimentos se han elevado, los fertilizantes han escaseado y no resultan accesibles los suministros de alimentos del extranjero. Las economías de muchos países del Tercer Mundo han sido deformadas por la industrialización y han tenido disminuciones reales en su producción. Los pueblos de esos países sufren el desempleo o encuentran que sus salarios resultan insuficientes para satisfacer las necesidades básicas de la familia. No obstante, las empresas transnacionales de nuevo gozan de márgenes crecientes de ganancia y continúan expandiendo sus operaciones.

Revolución

No resulta extraño que la rebelión esté a la orden del día en el mundo. Así, por ejemplo, Puerto Rico ha sido explotado sistemáticamente durante decenios y sus recursos y sus habitantes han sido integrados plenamente a la economía de Estados Unidos, sin pensar siquiera en cómo crear una economía puertorriqueña viable. Como en otras partes de la periferia, los puertorriqueños se están enfrentando en verdad al imperialismo: obstuyeron la construcción de un vasto complejo de refinación petrolera ("superpuerto") y obligaron a las fuerzas armadas de Estados Unidos a abandonar varias partes de la isla al mismo tiempo que fortalecieron su lucha por la independencia.

En otras partes del mundo, los pueblos construyen las bases para proseguir la lucha. En Indochina la tarea consiste en la actualidad en reconstruir la nación y forjar una nueva sociedad. En América Latina, la continua estridencia de muchos países continúa creando obstáculos a la expansión inercial del capital norteamericano. En África, los movimientos de liberación amplían las zonas en las cuales se ponen a prueba nuevos caminos de desarrollo, al mismo tiempo que Sudáfrica experimenta mayores dificultades para importar la fuerza de trabajo que necesita en sus minas de oro y de diamantes, así como en sus fábricas. Asimismo, en Asia la asombrosa derrota de los líderes de Estados Unidos está despertando a otros regímenes respecto a la necesidad de mayor independencia, y esto ocurre incluso en aquellos países, como Tailandia, en los que la presencia norteamericana ha sido abrumadora en el pasado. En Estados Unidos los trabajadores también continúan su lucha contra el capital; aunque no existe un acuerdo acerca de la solución que deban dar a la opresión actual, los trabajadores se organizan a fin de modificar el sistema imperante y durante ese proceso se verán obligados a considerar la posibilidad de que la estructuración capitalista de la sociedad sea, en sí misma, la causa fundamental de sus problemas.